

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Año 19 - Nº 289 - 01 de junio de 2025

Caminando hacia Dios

Nuestra vida es una peregrinación, un largo caminar hacia Dios. Nuestra vida es una búsqueda permanente y renovada de su meta: el corazón de Dios, la casa del Padre.

Pues, ¿dónde está nuestra patria definitiva? Está en la Casa del Padre, en el corazón de Dios. Dios nos ha enviado, sólo por un tiempo breve, a esta tierra. Somos peregrinos extranjeros en este mundo. Los pocos años que pasamos aquí abajo, son años vividos en tierra extraña.

No hay nada puramente terreno que pueda llenar y saciar nuestro corazón. Nuestro anhelo es demasiado grande para este mundo. Dios es nuestro hogar. Todo lo demás es demasiado pequeño para nosotros. Nuestra hambre de felicidad sólo será saciada en Dios y junto a Él. Sin Él, el corazón humano permanecerá eternamente insatisfecho.

Esto no significa que tengamos que separarnos de todo lo que nos rodea. Todo lo que es de Dios lo llevaremos al corazón del Padre. ¡Busquemos a Dios, hallemos a Dios, amemos a Dios en todas las cosas! Pero la meta suprema de nuestra vida es y seguirá siendo siempre la misma: caminar hacia Dios, volver al Padre. Nunca debemos olvidar esta meta, tenerla presente en todo momento.

Todos sabemos que nuestro camino no siempre es fácil, sobre todo en el tiempo que vivimos actualmente. Muchas veces estamos desanimados, angustiados; nos faltan el coraje y las fuerzas para seguir caminando y luchando. Nos sentimos perdidos y solos en el desierto de este mundo.

En tales situaciones de desesperación Dios nos extiende sus manos ofreciéndonos también un pan misterioso del cielo. Este alimento nos da fuerza y ánimo para seguir caminando en nuestra ruta de vida. Es el pan eucarístico, el pan de vida eterna, el Cuerpo mismo de Jesús.

Cada misa resulta una invitación a fortalecernos con ese pan y a unirnos con la fuerza de Cristo. Aunque nos sintamos abandonados en nuestro camino, nunca estamos solos. Porque el Señor viaja a nuestro lado hasta el fin del camino. Él es el compañero invisible que nos hace levantarnos y ponernos en marcha siempre de nuevo.

El Pan, el único pan que comemos todos juntos, es el que nos hace un solo Cuerpo. Este formar un solo Cuerpo parte del bautismo: allí fuimos injertados en el único Cuerpo de Cristo. Pero esta unidad se continúa alimentando en la comunión. El estar comiendo el Pan de Cristo es lo que nos va convirtiendo poco a poco en su Cuerpo Místico.

Porque en la Eucaristía Cristo se hace Cristo de la unidad, Cristo que trae la paz entre los hermanos. El que entra en comunión con Él, participa de ese misterio de filiación y de fraternidad que Cristo vino a traernos.

Jesús nos invita a poner mayor atención en su persona. Él es el verdadero Pan, necesario y vivificante. Él es el pan de amor, de bondad, de perdón, de vida. Alimentarse de este pan es: acercarse a Él, encontrarse con Él, buscarlo a Él.

Jesús sabe de nuestros problemas, de nuestras necesidades materiales. Por eso nos invita a poner toda nuestra confianza en Él, en su Persona, en su gran Amor por nosotros. Él está con nosotros, está presente en nuestra vida – en cada momento, hoy y también mañana.

Pero no solo Cristo y María nos acompañan, sino también una gran multitud de hermanos siguen la misma ruta. Toda la Iglesia está en camino, está en marcha hacia Dios. Somos una Iglesia de peregrinos buscando nuestra patria celestial.

Queridos hermanos, en cada Misa dominical, al comulgar, vamos a anticipar aquel día feliz en que todos nosotros hayamos llegado al final de nuestro camino. Aquel día nos reuniremos definitivamente en la Casa del Padre, sin tener que separarnos ya nunca más. Veremos a Dios, a María, a los Santos de cara a cara viviendo junto a ellos para siempre, durante toda una eternidad.